

indujo á comprar su reposo á cualquier precio, y á prestar á la musa que cantó á Eleonora el lenguaje de aquellos sitios donde Camilo Desmoulins iba á negociar sus amores.

El autor de la *Historia de la literatura italiana*, que tomó parte en la revolucion despues de Chamfort, trató de hacerse amigo de mi familia, pretextando ese parentesco que tienen todos los bretones entre sí. La reputacion de Guinguene en el mundo estribaba en una piecicita en verso, escrita con bastante gracia y titulada: *La Confesion de Zulmé*, la cual le valió un mezquino empleo en las oficinas de Mr. Neckker. Despues de esta escribió otra sobre su entrada en la intervencion general. No me acuerdo quién era el que disputaba á Guinguene su título de gloria por *La Confesion de Zulmé*; pero el hecho es que la merecía.

El poeta de Rennes conocia bastante bien la música, y hacia algunas romanzas. De modesto y humilde que era, vimos crecer su orgullo á medida que iba contrayendo relaciones con cualquier persona notable. En tiempo de la convocatoria de los Estados Generales, Chamfort lo empleó en emborronar artículos para los periódicos y discursos para los clubs: en este oficio hizo proezas. En la primera federacion decía: «¡He aquí una gran cabeza! Para iluminarla mejor deberian quemarse cuatro aristócratas en los cuatro ángulos del altar.» No era él, sin embargo, el que habia tomado la iniciativa en estos deseos; Luis d'Orleans, partidario de la Liga, habia escrito mucho tiempo antes que él, en su *Banquete del conde d'Arete*, «que era preciso atar á los ministros protestantes al árbol de fuego de San Juan, formando haces con ellos, y poner al rey Enrique IV en el mismo sitio donde se acostumbraba á colocar á los gatos.»

Guinguene supo anticipadamente los asesinatos revolucionarios que se proyectaban, y avisó por medio de su esposa á la mía y á mis hermanas de los que debian tener lugar en los Carmelitas, ofreciéndoles su casa para refugiarse. Nivian aquellas en el callejon de Féron, lugar muy próximo al sitio de la catástrofe.

Despues del terror llegó á hacerse Guinguene jefe casi absoluto de la instruccion pública; entonces fue cuando cantó, en *El Cuadrante azul*, *El Arbol de la libertad*, con la música de *Yo le planté, yo vi brotar sus hojas* etc. Pareció lo bastante cándido en filosofía para agradecerle con una embajada cerca de uno de aquellos monarcas á quienes se iba á destronar. Desde Turin escribió á Mr. de Talleyrand que habia vencido una preocupacion, y era que habia logrado que recibiesen á su mujer en la corte, vestida con un *pet-en l'air*. De la meliania pasó á darse importancia; y de darse importancia á parecer tonto, y de parecer tonto á ponerse en ridículo. Acabó sus dias distinguiéndose literariamente como crítico, y siendo (esto es mejor) un escritor independiente de *La Década*: la naturaleza le habia repuesto en el lugar de donde estemporáneamente le sacó la sociedad. Su ciencia es de segunda mano; su prosa pesada; su poesia correcta, y agradable algunas veces.

El poeta Lebrun era amigo de Guinguene. Protegiale este, como un hombre de talento y que conoce el mundo protege la simplicidad de un hombre de genio: Lebrun, en justa recompensa, derramaba los rayos de su inteligencia sobre la cima á que se habia encaramado Guinguene. Nada mas cómico que el papel representado por aquel par de compadres, que, merced á un ingrato comercio, se tributaban todos los servicios que tributarse pueden dos hombres superiores que cultivan géneros diversos.

Lebrun era ni mas ni menos que un caballero de industria del emperio; su profusa locucion era tan fria, como glaciales sus arrebatos. Su Parnaso, aposento vecino del cielo en la calle de Montmartre, presentaba por todo mueblaje algunos libros revueltos sobre el

suelo, un catre de tijera, cuyas cortinas, formadas con dos servilletas puercas, pendian de unas varillas de hierro enmohecido, y la mitad de un cántaro de agua, arrimado á un sillón sin asiento. Y es lo mas notable que Lebrun podia gozar de algunas comodidades; pero se habia hecho avaro y entregádose á mujeres de mala vida.

En la cena á la *antigua* que dió Mr. de Vandreil, representó nuestro poeta el papel de Pindaro. En sus poesías líricas hay algunas estrofas enérgicas y elegantes, y especialmente en la oda sobre el naufragio del *Vengador*, y en la que lleva por título *Las Cercanías de Paris*. Sus elogios son produccion de la cabeza, y rara vez del alma; hay en ellas una originalidad rebuscada y no la originalidad natural: nada crea sino á fuerza de arte, y se ve que lucha para trastornar el sentido de las palabras y confundirle en alianzas monstruosas. Lebrun no tenia talento verdadero, á no ser para la sátira: su epístola *sobre las chanzas de bueno y mal género*, gozó de merecido renombre. Algunos epigramas suyos deben colocarse detrás de los de Juan Bautista Rousseau: Laharpe era el que principalmente le inspiraba. Y todavía debe hacerse la justicia de decir que fue independiente bajo la tiranía de Bonaparte, y que ha legado á la posteridad versos sangrientos contra el opresor de nuestras libertades.

Pero el literato mas bilioso de cuantos conocí en Paris por aquella época era sin contradiccion Chamfort: atacado de la enfermedad que dió origen á los jacobinos, á ningún hombre sabia perdonar la casualidad de su cuna; faltaba á la confianza en las casas en que se le recibia, y creia que el cinismo de su lenguaje era una pintura fiel de las costumbres de la corte. No podian negársele ingenio ni talento; pero eran uno y otro de esos que no llegan á la posteridad. Cuando vió que con la revolucion no conseguia nada, volvió contra sí mismo las manos que contra la sociedad habia levantado. El gorro encarnado pareció á su orgullo otro distintivo de la nobleza, cuyos corifeos eran Marat y Robespierre. Enfurecido al tropezar con la desigualdad de condiciones hasta en aquel mundo de dolores y de lágrimas; condenado á ser bajo la feudalidad de los verdugos un *villano* como antes, quiso matarse para sustraerse á la superioridad del crimen; pero no consiguió ni aun esto: la muerte se rie de los que la llaman confundiendo con la nada.

Al abate Delille no le conocí hasta que fuí á Londres en 1798, ni he visto en mi vida á Rulhiere, que vive por Mad. de Egmont, y que la hace sobrevivir; ni á Palissot, ni á Beaumarchais, ni á Marmontel. Tampoco me he encarado nunca con Chenier, el cual me ha atacado mucho, á quien jamás he respondido, y cuya silla en el Instituto debia producir una de las crisis de mi vida.

Cuando leo á la mayor parte de los escritores del siglo xviii, me asombro del ruido que metieron y de la admiracion que un dia les profesé, y sea porque la lengua haya adelantado ó porque haya retrocedido, sea porque hayamos caminado hácia la civilizacion ó porque hayamos vuelto á la barbarie, es lo cierto que los autores que fueron la delicia de mi juventud me parecen hoy igualmente viejos, pesados, embadurnados, exánimes y frios. Aun en los mas grandes escritores de la época volteriana noto trozos pobres en pensamiento, en ideas y en estilo.

¿A quién he de achacar este error de cuenta? Temo sea yo uno de los primeros culpables; innovador desde la cuna, tal vez he comunicado á las modernas generaciones la enfermedad que me aquejaba. Y en vano grito aterrado á mis hijos: «No olvidéis el francés.» Me contestan, como el Lemosino á Pantagnel, «que vienen de la *alta, inclita y célebre academia, nominada Lutecia.*»

No es nueva, como por aquí se ve, esta manía de helenizar y latinizar nuestra lengua; Rabelais la curó,

pero volvió á aparecer con Ronsard, y Boileau tuvo que atacarla. En nuestros dias la ha resucitado la ciencia: nuestros revolucionarios, grandes empíricos por su naturaleza, han obligado á los mercaderes y á los aldeanos á adoptar los hectares, los hectólitros, los kilómetros, los milímetros y los decágranos; la política se ha *ronsardizado*.

Hubiera podido hablar aquí de Mr. de Laharpe, á quien conocí entonces, y á quien citaré mas adelante; hubiera podido tambien añadir el retrato de Fontanes á mi galería; pero aunque mis relaciones con este hombre excelente comenzaron en 1789, en Inglaterra fue donde trabé con él esas relaciones de amistad que fueron siempre creciendo con la adversa fortuna, y nunca se disminuyeron con la próspera; mas tarde hablaré de él con toda la efusion de mi corazón. Fuerza me será pintar sus talentos, que ya no sirven de consuelo á la tierra. Acaeció la muerte de mi amigo precisamente cuando el orden de mis recuerdos me conducía á describir los principios de su vida. Nuestra existencia corre tan aprisa, que si no escribimos por la noche los acontecimientos de la mañana, nos abruma al trabajo y no nos queda tiempo para darle á luz, y esto sin embargo no impide que malgastemos nuestros años y que diseminemos en el viento esas horas que son para el hombre las semillas de la eternidad.

Paris junio de 1821.

LA FAMILIA DE ROSAMBO.—MR. DE MALESHERBES; SU PREDILECCION Á LUCILA.—APARICION Y TRANSFORMACION DE MI SÍLFIDE.

Aunque mis inclinaciones y las de mis dos hermanas me lanzaron en medio de aquella sociedad literaria, por nuestra posicion teniamos que concurrir á otra, cuyo centro fue naturalmente la familia de la esposa de mi hermano.

El presidente Pelletier de Rosambo, que con tanto valor murió luego, era cuando yo llegué á Paris un modelo de superficialidad y ligereza. El trastorno completo que reinaba en los ánimos y en las costumbres aparecia por aquella época como síntoma de una revolucion próxima. Los magistrados se ruborizaban de vestir la toga, y ponian en ridículo la gravedad de sus padres. Los Lamignon, los Molé, los Segnier y los Aguesar no querian ya juzgar, sino combatir. Las esposas de los presidentes cesaban de ser venerables madres de familia, y salian de sus lóbregos palacios para convertirse en mujeres de brillantes aventuras. El predicador que subia al púlpito cuidaba de no pronunciar el nombre de Jesucristo, y hablaba solo del *legislador de los cristianos*, y los ministros se derrocaban unos sobre otros, porque el poder se escapaba de todas las manos. Lo mas refinado del buen tono consistia en ser americano en la ciudad, inglés en la corte y prusiano en el ejército; en serlo todo, excepto francés. Cuanto se hacia y decia era una serie de inconsecuencias. Queríase conservar la clase de abates comanditarios, y se rechazaba á la religion: nadie podia ser nombrado oficial sin ser noble, y se prorumpia en invectivas contra la nobleza: en los salones se introducía la igualdad, y en los campamentos los palos.

Mr. de Malesherbes tenia tres hijas; á saber: las señoras de Rosambo, de Aulnay y de Montboissier, y daba la preferencia á la primera, á causa de la conformidad de sus opiniones. Las hijas del presidente Rosambo eran otras tres; por este orden: la señora de Chateaubriand, la de Melhay y la de Tocqueville; pero en esta familia habia ademas un hijo, que luego ha enaltecido la brillantez de su espíritu con la perfeccion cristiana. Complaciase Mr. de Malesherbes en rodearse de sus hijos, sus nietos y sus biznietos, y mas

de una vez le he visto á principios de la revolucion llegar á casa de Mad. de Rosambo con la cabeza caliente á fuerza de hablar de política, quitarse la peluca y tumbarse sobre la alfombra del cuarto de mi cuñada para hacerse allí objeto de los estrepitosos juegos de los niños. Hubiera sido un hombre nada distinguido por sus modales á no haber tenido cierta impetuosidad de movimientos que le salvaba de la vulgaridad; á la primera frase que de su boca salia descubriase en él al hombre que llevaba un nombre antiguo y al magistrado superior. Sus naturales virtudes participaban de un tanto de afectacion, merced á la filosofía que con ellas se mezclaba. Aparecian en él á primera vista la ciencia, la probidad y el valor; pero era tan ferviente y apasionado, que un dia me dijo, hablando de Condorcet: «Ese hombre ha sido amigo mio, y sin embargo, hoy no tendría escrúpulo alguno en matarle como á un perro.» Las oleadas de la revolucion le suicidaron, y su muerte fue causa de su gloria. El mérito de aquel grande hombre no habria traspasado si no hubiese sido con el auxilio de la desgracia. Asi cuentan de un noble veneciano, que habiendo perdido sus títulos, los volvió á encontrar viniéndose abajo su palacio, cuyos fragmentos le quitaron la vida.

La franqueza del trato de Mr. de Malesherbes me hizo hablarle con toda libertad; le parecí dotado de alguna instruccion, y este fue nuestro primer punto de contacto: la botánica y la geografía fueron el principal asunto de nuestras conversaciones. En una de ellas concebí la idea de hacer un viaje á la América del Norte para descubrir el mar visto por Hearne, y posteriormente por Mackenzie (1). Tambien estábamos de acuerdo en materias políticas; los sentimientos generales que dieron margen á nuestras primeras turbulencias cuadraban con la independencia de mi carácter, y la natural antipatía que la corte me inspiraba daba fuerza á aquella inclinacion primera. Defendia, pues, á Mr. de Malesherbes y á Mad. de Rosambo contra el marido de esta y contra mi hermano, á quien pusieron el apodo de Chateaubriand el *Rabioso*. Si la revolucion no se hubiese inaugurado con crímenes, me habria arrastrado consigo; pero vi la primer cabeza enhiesta en la punta de una lanza, y retrocedí. Nunca será el asesinato un objeto de admiracion ni un argumento de libertad para mí, ni conozco nada mas servil, mas despreciable, mas cobarde y mas estúpido que un terrorista. Qué, ¿no he visto por ventura á toda esa raza de Brutos franceses, puesta al servicio de César y de su policia? Los niveladores, los regeneradores, los degolladores se transformaban en ayudas de cámara, en espías y en sicofantas, cuando no se erigian, menos naturalmente aun, en duques, condes ó barones. ¿Qué semejanza á la edad media!

Pero lo que mas me hizo adherirme al ilustre anciano fue la predileccion que le inspiraba mi hermana. A pesar de la timidez de la condesa Lucila, conseguimos, con el auxilio de un poco de Champagne, que hiciese un papel en una piecicita casera, que se representó con motivo del cumpleaños de Mr. de Malesherbes, y supo enternecerle tanto, que casi volvió el seso al grande hombre. Influyó todavía mas que mi hermana en que Lucila pasase de la comunidad de Argentieres á la de Remiremont, donde se exigian pruebas rigurosas y difíciles de diez y seis cuarteles. Aunque filósofo, defendia Mr. de Malesherbes con sumo calor el principio de la nobleza.

Conviene extender al espacio de unos dos años esta descripcion de los hombres y de la sociedad cuando aparecí en el mundo; es, á saber, desde la clausura de la primera asamblea de notables en 25 de mayo de 1787, hasta la inauguracion de los Estados Gene-

(1) En los últimos años han navegado en él el capitán Francklin y el capitán Parcy.

rales en 5 de mayo de 1789. Durante estos dos años no vivimos constantemente mis hermanas y yo ni en París ni en el mismo punto de París. Voy ahora á retroceder y llevar á mis lectores á Bretaña.

Diré entre tanto que continuaba entregado á mis ilusiones; si me faltaban mis bosques, los tiempos pasados formaban para mí otra soledad que reemplazaba á la de los sitios retirados. En el París antiguo, en el recinto de San German de los Prados, en los claustros de los conventos, en el panteon de San Dionisio, en la Santa Capilla, en Nuestra Señora, en las callejuelas de la Cité y en la oscura puerta de Eloisa, hallaba yo á mi encantadora; pero bajo aquellos arcos góticos y en medio de aquellas tumbas había tomado su rostro un matiz cadavérico, estaba pálida, me miraba tristemente, y no era en suma mas que el espectro ó los manes del ensueño á quien había yo consagrado mi cariño.

París setiembre de 1821.

Revisado en diciembre de 1846.

PRIMEROS MOVIMIENTOS POLÍTICOS EN BRETAÑA.—OJEADA SOBRE LA HISTORIA DE LA MONARQUÍA.

En las diferentes veces que estuve en Bretaña en los años de 1787 y 1788, di principio á mi educacion política. Los Estados de provincia venian á ser una especie de modelo de los Estados Generales, y así es que los disturbios particulares que anunciaron los de la nacion estallaron en los países que tenían Estados; á saber: la Bretaña y el Delfinado.

La transformacion, que empezó á inaugurarse doscientos años hacia, tocaba ya á su término. La Francia, que había pasado de la monarquía feudal á la de los Estados Generales, de la monarquía de los Estados Generales á la de los parlamentos, y de la monarquía de los parlamentos á la monarquía absoluta, tenía tendencia hácia la monarquía representativa en medio de la lucha de la magistratura contra el poder real.

El parlamento Maupeon, el establecimiento de las asambleas provinciales, con voto personal, la primera y segunda asamblea de los notables, la sesion plena, la creacion de los grandes bailios, la reintegracion civil de los protestantes, la abolicion parcial del tormento y la de las antiguas pechas, y de la reparticion igual para el pago de impuestos, eran otras tantas pruebas sucesivas de la revolucion que se iba verificando poco á poco. Pero entonces no se atendia al conjunto de los hechos; cada suceso se interpretaba como un accidente aislado. En todas las épocas históricas existe un principio esencial. Cuando no se fija la vista mas que sobre un punto, no se perciben los rayos convergentes hácia el centro de los otros; no se eleva hasta el agente oculto que produce la vida y el movimiento general, como el agua ó el fuego en las máquinas: por eso hay tantas personas que, al empezar las revoluciones, creen que basta romper tal ó cual rueda para impedir el desbordamiento del torrente ó la explosion del vapor.

El siglo xviii, ese siglo de accion intelectual y no de accion material, no hubiera conseguido cambiar tan pronto sus leyes si no hubiera encontrado su vehículo; los parlamentos, y el de París especialmente, vinieron á ser los instrumentos principales del sistema filosófico. Toda opinion muere, por falta de fuerza ó por exceso de su vigor, si no llega á ser acogida favorablemente por una asamblea que la revista de poder, que la vigorice con una voluntad, y que la preste lengua y brazos para expresarla. Este ha sido y será siempre el camino por donde han llegado y llegarán á las revoluciones los cuerpos legales ó delegados.

Los parlamentos tenían que vengar su propia causa: la monarquía absoluta les había arrebatado una autoridad, usurpada por la misma á los Estados Generales. El alistamiento forzoso, las grandes reuniones del parlamento presididas por el rey, y los destierros, al propio tiempo que popularizaban á los magistrados, los impelían á pedir garantías liberales, de las cuales no eran partidarios en el fondo; reclamaban los Estados Generales por no atreverse á confesar que anhelaban para sí mismos el poder legislativo y político; de esta manera aceleraban la resurreccion de un cuerpo cuya herencia habían recogido, y el cual los reduciría, en el momento que recobrase la existencia, á su propia especialidad: el ramo de justicia. Los hombres se engañan casi siempre acerca de sus verdaderos intereses cuando tratan de promoverlos únicamente por prudencia ó por pasion: Luis XVI restableció los parlamentos, á los cuales le obligaron á llamar los Estados Generales: los Estados Generales, transformados primero en Asamblea nacional y muy poco despues en Convencion, destruyeron el trono y los parlamentos, y enviaron al patíbulo á los jueces y al monarca de quien emanaba la justicia. Pero Luis XVI y los parlamentos obraron de este modo porque eran, sin saberlo, instrumentos de una revolucion social.

La idea, pues, de los Estados Generales bullia en todas las cabezas, si bien conocian muy pocos á donde iba á parar. La cuestion para la generalidad se reducía únicamente á llenar un déficit que el banquero mas pobre de los de esta época se comprometiera á hacer desaparecer. Un remedio tan violento aplicado á un mal de tan corta entidad prueba que se caminaba hácia unas regiones políticas desconocidas. En el año de 1786, el único de aquella época cuyo estado financiero conocemos, el presupuesto de ingresos ascendia á cuatrocientos doce millones novecientos veinte y cuatro mil libras, y los gastos á quinientos noventa y tres millones quinientas cuarenta y dos mil libras; resulta, pues, un déficit de ciento ochenta millones seiscientos diez y ocho mil libras, que quedó reducido á ciento cuarenta millones, porque se hizo una economía de cuarenta millones, seiscientos diez y ocho mil libras. En este presupuesto se asignaba á la casa real la enorme suma de treinta y siete millones doscientos mil libras: las deudas de los príncipes, las dilapidaciones de la corte y las adquisiciones de palacios eran la causa principal de este recargo.

Queríase dar á los Estados Generales las mismas formas que tenían en 1614. Los historiadores hablan siempre de aquellas formas como si no se hubiese oido hablar desde 1814 de los Estados Generales ni reclamado su convocatoria. En 1631, sin embargo, los brazos de la nobleza y del clero, reunidos en París, pidieron los Estados Generales. Existe una gruesa coleccion de las actas y de los discursos pronunciados en aquella época. El parlamento de París, omnipotente en aquella época, lejos de secundar las pretensiones de las órdenes del clero y la nobleza, disolvió sus reuniones como ilegales, y lo eran en efecto.

Y ya que de esto voy hablando, quiero consignar otro hecho grave, el cual se ha escapado á los que se han empeñado en escribir la historia de Francia sin saberla. Háblase de las *tres órdenes* como si fueran ellas las que constituían esencialmente los Estados llamados generales. ¡Pues bien! muchas veces sucedía que los bailios no nombraban diputados sino de una ó dos órdenes. En 1614 el bailío de Amboise no nombró diputados del brazo del clero ni del de la nobleza: el de Chateaufort-en-Thimerais no envió los suyos del clero y del estado llano: el Puy, la Rochela, el Lauraguais, Calais, la Hause-Marche y Chateaulleu no nombraron el del clero, y Montdidier y Roye el de la nobleza. Los Estados de 1614 se llamaron, sin embargo, *Estados Generales*. Las antiguas crónicas, expresándose de una manera mucho mas

correcta, dicen, cuando hablan de nuestras asambleas nacionales, *los tres estados, ó los notables del estado llano, ó los barones y los obispos*, segun sea el caso, y atribuyen á las asambleas, formadas de aquel modo, la misma autoridad legislativa. Aun cuando el estado llano solia hallarse convocado frecuentemente en las diversas provincias, no funcionaba por una razon desconocida por la generalidad, pero muy natural sin embargo. El estado llano se había apoderado de la magistratura, y había echado fuera á la gente de espada: actuaba de una manera absoluta, exceptuando en algunos parlamentos nobles, como juez, como abogado, como escribano, como procurador etc.; hacia las leyes civiles y criminales, usurpando las atribuciones parlamentarias, y hasta ejercía el poder político. La fortuna, el honor y la vida de los ciudadanos se hallaban á discrecion suya; todos obedecian sus decretos, y todas las cabezas estaban sometidas al filo de la espada de su justicia. De consiguiente, ¿qué necesidad tenía, gozando como gozaba exclusivamente de un poder ilimitado, de ir á buscar una pequeña parte de ese mismo poder á las asambleas, ante las cuales tenía que presentarse poco menos que de rodillas?

El pueblo, metamorfoseado en monge, se había refugiado en los claustros, y gobernaba la sociedad por medio de la opinion religiosa; metamorfoseado en recaudador y banquero, se refugió en la hacienda, y gobernaba la sociedad por medio del dinero; metamorfoseado en magistrado, se refugió en los tribunales, y gobernaba la sociedad por medio de la ley. El gran reino de Francia, aristocrático por provincias, era democrático en su conjunto, y bajo la direccion de su rey, con el cual se entendía y estaba casi siempre de acuerdo. Así se explica su larga existencia. Todavía se pudiera hacer una historia de Francia completamente nueva, ó por mejor decir, todavía no está hecha la historia de Francia.

Las importantes cuestiones arriba mencionadas se debatieron principalmente durante los años 1786, 1787 y 1788. La viveza natural de mis compatriotas, los privilegios de su provincia, de su clero y de su nobleza, y las colisiones del parlamento y de los Estados, eran motivos mas que suficientes para mantenerles en una constante sobreexcitacion. Mr. de Calonne, que fue intendente de Bretaña durante un corto espacio de tiempo, aumentó la division favoreciendo la causa del estado llano. Mr. de Montmorin y Mr. de Thiard eran agentes demasiado ineficaces para hacer que triunfara el partido de la corte. La nobleza se coligaba con el parlamento, que era noble tambien, y tan pronto resistía á Mr. Necker, á Mr. de Calonne y al arzobispo de Sens, como repelia el movimiento popular favorecido por su anterior resistencia. Reuniase, deliberaba y protestaba; pero las municipalidades se reunian, deliberaban y protestaban tambien en sentido contrario. El asunto particular del *fogage*, mezclado despues con los negocios públicos, acrecentó las enemistades. Para comprender bien esto, se hace necesario explicar la constitucion del ducado de Bretaña.

París setiembre de 1821.

CONSTITUCION DE LOS ESTADOS DE BRETAÑA.—SU CELEBRACION.

La forma de los Estados de Bretaña ha sufrido mas de una variacion, como la de todos los de Europa, con los cuales tienen semejanza. Los primitivos derechos de los duques de Bretaña pasaron posteriormente á los reyes de Francia. El contrato matrimonial de la duquesa Ana, firmado en 1491, no solo le hizo que

la Bretaña se incorporase á la corona de Carlos VIII y de Luis XII, sino que tambien estipuló una transaccion, en virtud de la cual terminaron las diferencias que existian desde los tiempos de Carlos de Blois y del conde de Monfort. Sostenia la Bretaña que las hembras eran aptas para heredar el ducado, al paso que la Francia alegaba que la sucesion únicamente podia tener lugar en la línea masculina, y que extinguiéndose esta, debia volver á incorporarse la Bretaña á la corona, como gran feudo suyo. Carlos VIII, juntamente con Ana, y esta en union con Luis XII, se cedieron mutuamente sus derechos ó pretensiones. Claudia, hija de estos últimos, y esposa de Francisco I, legó al morir el ducado de Bretaña á su marido. Accediendo este á la peticion de los Estados reunidos en Vannes, reunió, por un edicto publicado en Nantes en 1532, el mismo ducado á la corona de Francia, afianzándoles sus libertades y privilegios.

En aquella época los Estados de Bretaña se reunian anualmente; pero desde 1730 no se verificaba la convocatoria mas que de dos en dos años, siendo de las atribuciones del gobernador el proclamar la apertura. Las tres órdenes se reunian en una iglesia, ó en las salas capitulares de los conventos, si había proporcion. Cada una de estas tres órdenes deliberaba aparte una de otra; eran tres asambleas particulares que movian en su seno parciales tormentas, las cuales se convertian en un huracan general cuando llegaban á reunirse el clero, la nobleza y el estado llano. La corte atizaba la discordia, y los talentos, las vanidades y las ambiciones se ponian en juego en aquel estrecho recinto, lo mismo que en un teatro de mas vastos límites.

El P. Gregorio de Rostrenen, de la orden de capuchinos, habla del siguiente modo á nuestros señores de los Estados de Bretaña en la dedicatoria de su *Diccionario francés-breton*:

«Si no era posible á ninguno mas que al orador romano el elogiar dignamente la augusta asamblea del Senado de Roma, ¿por qué no ha de serlo para mí el atreverme á elogiar vuestra augusta asamblea, que nos hace ver de una manera tan digna lo que tenían de magestuoso y respetable la antigua y la moderna Roma?»

Rostrenen prueba que el idioma céltico es uno de los idiomas primitivos que trajo á Europa Gomer, primogénito de Japhet, y que los hijos de la Baja Bretaña, á pesar de su pequeña estatura, descendien de gigantes. Desgraciadamente los hijos bretones de Gomer, separados por espacio de mucho tiempo de la Francia, han dejado perecer una gran parte de sus viejos títulos; sus cartas geográficas, á las cuales no conceden una gran importancia, porque los confunden con la historia general, carecen las mas veces de esa autenticidad cuyo precio suelen hacer subir demasiado los descifradores de diplomas.

La época de la celebracion de los Estados en Bretaña era época de bailes y diversiones; dábanse banquetes, en los cuales se comia y bebía de lo lindo en las casas del gobernador, del presidente de la nobleza, del presidente del clero, del tesorero de los Estados, del presidente del parlamento, y en las casas, en fin, de todas las personas notables. Veíanse sentados alrededor de las largas mesas de refectorio los Duguesclin labradores, y los Duguay-Trouin marinos, de cuyos cinturones pendía una férrea espada y una daga de abordaje. Todos aquellos hidalgos, que asistian en persona á los Estados de Bretaña, tenían algunos puntos de contacto con la Dieta de Polonia; es decir, con la Polonia de á pié, no con la Polonia caballeresca; Dieta de escitas, no de sármatas.

Desgraciadamente eran excesivas las diversiones, y los bailes se repetian sin intermitencia. Los bretones son notables por sus danzas y por el carácter especial de las mismas. Mad. de Sevigné ha dicho de nuestras

franchelas políticas en medio de nuestros incultos arenales, que eran como aquellos festines de las hechiceras ó de las brujas, que tenían lugar por la noche entre la espesura de los matorrales.

«Tendréis que sufrir, decía, que os dé noticias de nuestros estados, ya que tenéis el trabajo de ser bretona. Mr. de Chaulnes llegó el domingo por la noche con el mismo estrépito que se pudiera hacer en una aldea: el lunes por la mañana me escribió una carta, y yo le contesté que iría á comer con él. La comida se sirvió en dos mesas, situadas una enfrente de otra, y de catorce cubiertos cada una; *Monsieur* (el hermano del rey) y su esposa las presiden. La comida es buena y abundante; los asados vuelven á salir intactos de las mesas, y es preciso ensanchar las puertas para poder introducir la pirámides de frutas. Nuestros padres no conocían esta especie de máquinas, pues que no comprendían tampoco que una puerta tuviese que ser, más alta que ellos... Después de comer MM. de Lomaria y Coetlogon bailaron con dos bretonas algunos minués y otra clase de danzas, con tanta perfeccion como pudieran hacerlo los cortesanos. Ejecutaron varios pasos bohemios y de la Baja Bretaña con una finura y una exactitud admirables... Esto es vivir en una continua diversion, y gozando noche y dia de una libertad que atrae á todo el mundo. Yo no habia visto nunca los estados: son una cosa magnífica. En mi concepto es muy difícil que haya una provincia que se parezca á la de Bretaña, cuyo carácter sea tan espléndido; debe estar además muy poblada, porque ni uno siquiera de sus habitantes se encuentra en la guerra ni en la corte; solo falta cierto alferrecito (Mr. de Sevigné, hijo), el cual llegará tal vez á ser algun dia lo mismo que los demás... Una infinidad de presentes, de pensiones, de reparaciones de caminos y de ciudades, quince ó veinte grandes banquetes, diversiones continuas, bailes eternos, comedias tres veces á la semana, y un gran bullicio por todas partes, constituyen la verdadera descripcion de los estados. Olvidábase decir que se gastan mientras duran trescientas ó cuatrocientas pipas de vino.»

Los bretones no se avienen de modo alguno á perdonar sus burlas á Mad. de Sevigné. Yo soy menos riguroso; pero no me gusta que se diga: «Veo que me habláis con asaz buen humor de nuestras miserias, pues nosotros no somos tan depravados; uno solo de nosotros basta cada ocho dias para entretener á la justicia; verdad es que la escarpia me parece ahora un refresco.» Esto es llevar demasiado lejos el lenguaje cortesano. Barrere hablaba con la misma gracia de la guillotina. En 1793 se llamaba *casamientos republicanos* al acto horrible de arrojar al agua las víctimas de Nantes: el despotismo popular reproducia la amenidad de estilo del despotismo real.

Los fatuos de París, que iban acompañando en los Estados á la gente de la curia, contaban que nosotros mandábamos forrar nuestros bolsillos de hojadelata para llevar á nuestras mujeres la salsa de los platos del señor gobernador. Estas bromas, sin embargo, solian salir á algunos demasiado caras. Cierta conde de Sabran quedó muerto en el sitio donde se hallaba sentado por haberse permitido estas pesadas bromas. Este descendiente de los trovadores y de los reyes provenzales, alto y fornido como un suizo, se dejó matar por un cazadorcillo del Morbihan que escasamente tendria la estatura de un lapón. Este *Ker* contaba una genealogía tan noble como la de su adversario, puesto que si Saint-Elzear de Sabran era próximo pariente de San Luis, San Corentin, tío del muy noble *Ker*, era obispo de Quimper bajo el reinado del rey Gallon II, trescientos años antes de Jesucristo.

Los bretones no se avienen de modo alguno á perdonar sus burlas á Mad. de Sevigné. Yo soy menos riguroso; pero no me gusta que se diga: «Veo que me habláis con asaz buen humor de nuestras miserias, pues nosotros no somos tan depravados; uno solo de nosotros basta cada ocho dias para entretener á la justicia; verdad es que la escarpia me parece ahora un refresco.» Esto es llevar demasiado lejos el lenguaje cortesano. Barrere hablaba con la misma gracia de la guillotina. En 1793 se llamaba *casamientos republicanos* al acto horrible de arrojar al agua las víctimas de Nantes: el despotismo popular reproducia la amenidad de estilo del despotismo real.

RENTA DEL REY EN BRETAÑA.—RENTA PARTICULAR DE LA PROVINCIA.—EL FOGAGE.—ASISTO POR PRIMERA VEZ Á UNA REUNION POLITICA.—ESCENA.

Las rentas del rey en Bretaña consistian en un donativo voluntario, que variaba segun sus necesidades, en los productos del dominio de la corona, que podian evaluarse de tres á cuatro mil francos, y en los del timbre, etc.

La Bretaña tenia sus rentas particulares, con las cuales atendia á satisfacer sus cargas: la *alcabala grande y pequeña*, que gravitaba sobre los líquidos y sobre su extraccion, y que ascendia á dos millones anuales, y las sumas, en fin, que rendia el impuesto *fogage*. La importancia de esta pecha consta terminantemente en nuestra historia; sin embargo, fue para la revolucion de Francia lo que el sello ó el timbre para los Estados-Unidos.

El *fogage* (*census pro singulis focis exactus*) era un censo ó una especie de pecha que se exigia por cada chimenea sobre los bienes de los pecheros, con el *fogage*, gradualmente aumentado, se pagaban las deudas de la provincia. En tiempo de guerra los gastos ascendian á mas de siete millones de una sesion á otra, cuya suma pasaba de la recaudacion. Habíase concebido el proyecto de crear un capital de los productos del *fogage*, y de emplearlo en rentas que resultaran en provecho de los que pagaban esta carga; el *fogage* entonces no hubiera sido mas que una especie de empréstito. La injusticia (si bien injusticia legal, ascendiendo al derecho consuetudinario) estriba en que esta carga gravitase únicamente sobre la clase pechera. Las municipalidades no cesaban de reclamar y la nobleza, á quien importaba menos el dinero que la conservacion de sus privilegios, no queria oír hablar siquiera de un impuesto que la hubiera hecho tributaria. En este estado se hallaba la cuestion, cuando se reunieron los sangrientos estados de Bretaña del mes de diciembre de 1768.

Los espíritus se hallaban agitados entonces por diversas causas: la asamblea de los Notables, la contribucion territorial, el comercio de granos, la próxima reorganizacion de los estados Generales, el pleno tribunal y el *casamiento de Figaro*, la creacion de los grandes Bailios, Cagliostro y Mesmer, y otros mil incidentes fútiles y graves, eran objeto de controversia en todas las familias. La nobleza bretona se habia convocado de su propia autoridad en Rennes para protestar contra el establecimiento del pleno tribunal: yo asistí á esta dieta, la cual fue la primera reunion política en que me hallé en mi vida. Los gritos y el barullo que reinaban en ella me aturdiran, al paso que me divertian bastante: subianse sobre las mesas y sobre los asientos, y muchas veces gesticulaban y hablaban todos á la vez. El marqués de Tremargat, que tenia una pierna de madera, decía con voz estentórea: «Corramos todos á casa del gobernador, Mr. de Thiard, y digámosle: la nobleza bretona se halla á vuestras puertas y quiere hablaros: el rey mismo no se atreveria á rehusarle su permiso.» Este rasgo de elocuencia arrancó tantos bravos, que retemblaban las bóvedas de la sala. «Si, señores, proseguia Tremargat: ¡el mismo rey no lo rehusaria!» Y los aplausos volvian á repetirse con mas fuerza.

Partimos, pues, con direccion á casa de Mr. Thiard, hombre de corte, poeta exótico, espíritu dulce á la par de frívolo, y á quien causaban un cruel hastío nuestros alborotos; mirábanos como si fuéramos unos jabalies ó unas bestias salvajes; deseaba ardentemente salir de nuestra Armórica, y no manifestó oposicion alguna á que entráramos en su palacio. Nuestro orador le dijo cuanto le vino á las mientes, y en seguida se extendió á presencia nuestra la siguiente

declaracion: «Declaramos infames á todos aquellos que acepten cualquier empleo, sea en la moderna administracion de justicia, sea en la de los estados, si no están reconocidos por las leyes constitutivas de la Bretaña.» Nombráronse doce hidalgos para que presentasen al rey este documento, y cuando llegaron á París les encerraron en la Bastilla, de donde salieron poco despues como unos héroes, para ser recibidos á su regreso con ramos de laurel. Llevábamos en nuestro traje grandes botones de nacar, con una inscripcion latina alrededor, que decía: «Antes morir que ser deshonrados.» Triunfamos de la corte, de quien triunfaba todo el mundo, y caímos con ella en la misma sima.

Paris octubre de 1821.

MI MADRE RETIRADA EN SAINT-MALO.

En esta época fue cuando mi hermano, constante en sus proyectos, tomó el partido de poner los medios para agregarme á la orden de Malta. Para obtener esta gracia era preciso estar ordenado de prima tonsura, cuya orden podia conferirme Mr. Courtois de Pressigny, obispo de Saint-Malo. Restituime, pues, á mi ciudad natal, adonde se habia retirado mi madre á pasar el último tercio de su vida, y en donde vivia sin tener en su compañía hijo alguno, orando por el dia en la iglesia y haciendo calceta en casa por la noche. Era distraida hasta un extremo inconcebible: una mañana la encontré en la calle, llevando debajo del brazo una de sus chinelas á guisa de devocionario. De vez en cuando solian visitarla algunos de sus antiguos amigos, y se entretenian hablando del buen tiempo. Cuando nos quedábamos solos, improvisaba cuentos en verso, que hacian mi delicia, y en uno de los cuales figuraba el diablo sabiendo por la chimenea á un impío; el poeta se expresaba en él en estos términos:

Le diable en l'avenue
Chemina tant et tant,
Qu'un en perdit la vue
En moins d'une heure de temps.

«El diablo caminaba tan aceleradamente, que se perdió de vista en menos de una hora.»

«Paréceme, dije yo, que para ser el diablo no andaba muy de prisa.»

Pero Mad. de Chateaubriand me probó que yo no entendia de esto una palabra: ¡era una excelente mujer mi madre!

Referíame tambien una larga lamentacion sobre la *Verdadera historia de un ánade en la ciudad de Monfort-le-Cane-les-Saint-Malo*. Cierta señor habia encerrado á una jóven dotada de gran belleza en el castillo de Monfort, con el objeto de deshonrarla. Su prision tenia una claraboya, por la cual veia la iglesia de San Nicolás, y habiendo rogado al Santo, con los ojos llenos de lágrimas, que la libertase de aquel peligro, fue transportada fuera del castillo milagrosamente; pero por desgracia suya cayó en manos de los criados del felon, los cuales quisieron tratarla como suponian que la habia tratado su amo. La pobre jóven, que se creia perdida sin remedio, tendió la vista en torno suyo para implorar socorro, y no vió mas que unos cuantos ánades sobre el agua del estanque del castillo. En tan angustiosa situacion, volvió á rogar á San Nicolás que permitiese á aquellas aves que fuesen testigos de su inocencia, á fin de que, si llegaba á perder la vida y se veia imposibilitada por ende de cumplir los votos que habia hecho al Santo, los cumpliesen dichas aves por ella, á su modo, en su nombre y por su persona.

La jóven murió en aquel mismo año; y en la festivi-

dad de la traslacion de las reliquias de San Nicolás, que era el 9 de mayo, se presentó en la iglesia consagrada á este patrono un ánade acompañado de sus polluelos, el cual anduvo revoloteando alrededor del bienaventurado libertador, como si quisiera demostrar, batiendo sus alas, que venia á cantarle alabanzas; y despues de lo cual se volvió al estanque, dejándole en ofrenda uno de sus polluelos. Algun tiempo despues se marchó tambien este sin que nadie lo notase. Por espacio de mas de doscientos años continuó viniendo á la iglesia de San Nicolás de Monfort el mismo ánade con sus polluelos, en dia y hora fijo. Esta *verdadera historia* fue escrita é impresa en 1652. El autor sienta en ella con poco motivo, «que aun cuando un ruin ánade debe importar muy poco á los ojos de Dios: sirve, sin embargo, para rendir homenaje á su grandeza; que la cigarra de San Francisco era mucho mas ruin todavia, y que sin embargo su cántico cascajoso llenaba de encantos el corazon de un serafin.» Pero Mad. de Chateaubriand seguia una tradicion falsa; segun su historia, la jóven encerrada en el castillo de Monfort era una princesa que obtuvo la merced de ser convertida en ánade para libertarse de la violencia de su vencedor. Únicamente conservo en la memoria una estrofa del romance de mi madre:

Cane la belle est devenue,
Cane la belle est devenue,
Et s'envola, par une grille,
Dans un étang plein de lentilles.

«La hermosa jóven fue convertida en ánade; se escapó volando por una claraboya, y fue á parar á un estanque lleno de lentejas.»

Paris octubre de 1821.

LA PRIMERA TONSURA.—CERCANÍAS DE SAINT-MALO.

Como Mad. de Chateaubriand era una santa mujer, obtuvo del obispo de Saint-Malo la promesa de conferirme la prima tonsura; lo cual no era una gracia asi como se quiera, si se atiende á que el buen prelado era demasiado escrupuloso, y le parecia una profanacion que tenia tendencia al pecado de simonia el conferir la primera orden eclesiástica á un lego y á un militar. Mr. Courtois de Pressigny, actualmente arzobispo de Besancon y par de Francia, es un hombre honrado y de mérito. En la época á que me refiero era jóven, contaba con la proteccion de la reina, y se hallaba en camino de llegar á una fortuna, que consiguió despues por mejores medios: por el de la persecucion.

Púsememe de rodillas á los piés del prelado, vestido de uniforme y ceñida la espada, para recibir la prima tonsura, y despues de cortarme unos cuantos cabellos de la parte superior de la cabeza, hizo que me espidieran mi correspondiente título. Con este documento, y asi que fuesen admitidas mis pruebas de nobleza en Malta, quedaba apto para recibir doscientas mil libras de renta: esto, que si se quiere era un abuso en el orden eclesiástico, era una cosa muy útil en el orden político de la antigua constitucion. ¿No valia mas, en efecto, que esta especie de beneficio militar se agregase á la espada de un soldado que á la sotana de un abate, el cual se comeria su gruesa prebenda paseando por las calles de París?

La prima tonsura, que me fue conferida por las razones arriba indicadas, sirvió de pretexto á algunos biógrafos mal informados para decir que mi primera vocacion fue la del estado eclesiástico.

Lo que acabo de referir sucedia en 1788. En aquella época tenia yo caballos, y me divertia en correr por la campiña ó en galopar á la orilla del mar, contemplando las olas, mis quejumbrosas y antiguas compañeras; algunas veces me apeaba en la playa y me recreaba